

## CAPÍTULO TERCERO.

Las Catacumbas.—Reflexiones.—Su origen.—Su historia.—Idea general.—La Basílica de San Sebastián.—El Cementerio.—La peregrinacion mexicana en San Sebastián.—El grupo de peregrinos de Durango.

COMO un eco sordo y fúnebre resuena en los oídos la palabra *Catacumba*, Ideas tristes y lúgubres parece despertar en el ánimo el recuerdo de generaciones enteras sepultadas en vida, morando yertas y ateridas de frío en lóbregas estancias subterráneas, para sustraerse á la persecución del fanatismo pagano insaciable todavía después de haber inmolido millares y millares de víctimas. Cuando se remonta la imaginación á los luctuosos tiempos en que los emperadores de Roma, obedeciendo á sus sanguinarios instintos ó bien obligados á satisfacer á las exigencias de un pueblo feroz y salvaje, hacían sacrificar sin conmiseración á tantos y tantos seres humanos, para exterminar esa pléyade de héroes esclarecidos de la fe cristiana, como que se concibe la necesidad de haber cavado una ciudad subterránea y oculta en donde media población se pusiese á cubierto de las crueldades y horrores á que la sujetara la otra mitad. Si muchos, muchísimos estaban dispuestos á recibir y aun buscaban ansiosos el martirio, innumerables eran los que no se sentían con esta vocación, los que formidaban ante la idea de los tormentos, y sin embargo, no querían abjurar de una creencia en la que estaban nutridos y en la cual se confirmaban más y más con el ejemplo de los que tan heroicamente daban por ella la vida, que les era arrancada.



después de horribles sufrimientos. No se necesitaba, empero, pequeña abnegación para condenarse voluntariamente á una vida de privaciones y de sacrificios, á una existencia miserable pasada en las entrañas de la tierra, muerto para los vivos y vivo entre los muertos, sin alimentar otra esperanza de salvación que la que ofrecer pudiera una abominable apostasía, cuyos amargos frutos serían el remordimiento y la desesperación.

Cuando se detiene uno á reflexionar sobre los horrores de esa espantosa lucha, y se considera la desgraciada situación de los perseguidos, ideas extrañas asaltan la mente; como que parece increíble tanta maldad, como que se duda de que haya existido tanta abnegación. Y sin embargo, nada es más cierto que las crueldades ejecutadas por esa generación de fieras, nada más cierto que la inquebrantable firmeza de los primeros cristianos. La historia y los monumentos lo evidencian.

Seguramente que estas ideas han dado lugar á las diferentes versiones que se han hecho sobre el origen de las Catacumbas desde su descubrimiento hacia fines de siglo XV, hasta nuestros días. Antes de penetrar en esas inmensas excavaciones, necesario es haberlas estudiado en su origen y en su historia para hacer más provechosa la excursión por ellas; nos permitirá por lo mismo el lector que consignemos aquí el resultado del estudio previo que teníamos hecho de las Catacumbas y se las demos á conocer antes de introducirle en ellas.

Debe saberse en primer lugar que los antiguos romanos acostumbraban generalmente quemar los cadáveres. Los cristianos, á imitación de los judíos y conformándose con el dogma de la resurrección de los cuerpos, acostumbraron sepultarlos; hacían excavaciones en las rocas y allí depositaban los cadáveres. Este procedimiento de inhumación los debió mover á construir sus cementerios en galerías subterráneas, en cuyas paredes abrían nichos para servir de sepulturas. La historia y la arqueología atestiguan que tal fué la costumbre de los cristianos de los primeros siglos.

Establecido este hecho incontestable, se ofrece inmediatamente la duda acerca de un punto importantísimo. ¿Las Catacumbas fueron abiertas expresamente por los cristianos para formar sus cementerios, ó se sirvieron para ello de antiguas excavaciones que habían sido hechas con motivo de la extracción de materiales de construcción?

Sábese que los paganos convirtieron en lugares de sepultura algunas antiguas canteras subterráneas, para inhumar los cadáveres de los esclavos y de los pobres cuyos deudos no podían hacer los gastos de la cremación. Siendo esto así, puede dudarse si todos los cadáveres sepultados en las Catacumbas fueron de cristianos, y hay fundamento para creer que en ellas han estado confundidos con los de los paganos.

Contra esta opinión tenemos la del Padre Marchi y la de Monseñor Rossi, quienes han hecho observar, que las Catacumbas fueron formadas en una toba granular que en ningún tiempo se empleó en las construcciones de Roma; porque no sirve como la *pouzzolane* para hacer cimientos, ni menos como la *lithoïde* para ser empleada como piedra. La Arqueología moderna es favorable á esta observación. Además, observan los mencionados autores, que los caminos estrechos y tortuosos, los diversos pisos superpuestos, y las muy incómodas escaleras no permitirían el transporte de los materiales. De estas premisas deducen los dichos arqueólogos que las Catacumbas fueron formadas expresamente para servir de cementerios cristianos.

De aquí surge otra cuestión no menos importante. ¿Las Catacumbas, hechas ó no expresamente por los cristianos, eran el lugar de descanso para los despojos de los muertos, ó servían de residencia habitual á los vivos en los tiempos de la persecución? Para resolver esta duda antes debe resolverse esta otra cuestión arqueológica; es á saber, si la existencia de estos subterráneos se hallaba oculta para la generalidad de los habitantes paganos de Roma. Desde luego ocurre observar que la entrada de algunas Catacumbas estaba á plena luz y no podía ocultarse. Por otra parte, no faltan anticuarios que aseguran que en los tres primeros



siglos antes del reinado de Constantino, los cristianos debían tener garantías legales para establecer cementerios y reunirse en asambleas. De otra manera no podría explicarse la rápida propagación del Cristianismo por medio del apostolado y la predicación. Monseñor Rossi, que estudió profundamente la cuestión, la resuelve afirmativamente en cuanto á los cementerios. Mas esa autorización legal no fué constante ni siempre tan amplia; es necesario distinguir tres períodos de esa época anterior á Constantino. En el primer período de Tiberio y de Trajano, los cementerios cristianos gozaban de los mismos derechos que los judíos, de cuya religión se consideraba el Cristianismo como una secta. Desde Trajano hasta el principio del tercer siglo, la autorización para construir cementerios fué general para los particulares y familias que podían establecerlos en sus propiedades, y sepultar allí los cadáveres no sólo de los individuos de la familia, sino de los parientes y amigos. Del principio del tercer siglo hasta Constantino, el derecho de los cementerios cristianos era el de los *colegios fúnebres*, es decir, de corporaciones que se asociaban con el objeto de tener un común cementerio. Pero en este tercer período en el cual se desataron las persecuciones generales más violentas, los lugares de sepultura eran confiscados por el gobierno ó invadidos por la plebe. En este período es en el que el derecho de sepultar se ejercería por los cristianos ocultamente, y en esa época probablemente se emplearon como cementerios las canteras más ocultas ó se construyeron las galerías subterráneas cuya entrada sólo era conocida de determinadas personas.

Ahora bien, en este tercer período las Catacumbas no solamente servían de sepultura á los muertos sino de lugar de reunión y aun de asilo para los vivos. Es de creerse que tan sólo en estos sitios ocultos, podrían los cristianos reunirse para celebrar las ceremonias religiosas, y no encontrarían otro lugar de refugio cuando la persecución se desató generalmente. Por lo demás, cuando esta persecución no era tan sostenida, pudo darse á estas reuniones un carácter legal,

haciéndolas pasar como *agapes* ó banquetes *fúnebres*, que eran también una costumbre pagana.

De estos ligeros apuntes, que no hacemos más extensos porque sería ageno del carácter de esta obra, se puede formar juicio acerca del estado actual de la cuestión arqueológica relativa al origen de las Catacumbas. Desde luego se ve que es una materia que no está suficientemente ilustrada; que la arqueología tiene aún que estudiarla, si bien no esté distante el día en que se fije no solamente el origen, sino aun la fecha aproximada á que se remonta la primera formación de esas inmensas necrópolis, que hasta ahora ni Bosio, que durante treinta y tres años las estudió, las ha recorrido en toda su interminable extensión.

Digamos ahora una palabra acerca de la historia de las Catacumbas.

Casi es un hecho averiguado que los cementerios cristianos de las Catacumbas, sea cual haya sido su origen, durante los dos primeros siglos de la Iglesia, tenían entradas conocidas y eran lugares de sepultura amparados por la ley. Hacia fin del siglo II, había una administración eclesiástica de los cementerios divididos en distritos al cuidado de los diáconos. Era un grado del sacerdocio el ministerio de los *fossores*, que tenían á su cargo la formación de las galerías y la excavación de los sepulcros. Una pintura descubierta en la Catacumba de San Calixto confirma esta aserción. Allí está representado un joven vestido con traje sacerdotal, teniendo en su mano derecha un instrumento de zapa y en la izquierda una lámpara. Arriba se lee la siguiente inscripción:

“DIOGENEE.—FOSSOR.—IN PACE DEPOSITVS OCTA B V.  
KALENDAS.—OCTOBRIS.”

En el tercer siglo, aunque los cementerios gozaban de la protección de la ley como pertenecientes á los *colegios fúnebres*, con frecuencia los de los cristianos era necesario sus traerlos á las miradas de los gentiles, y de aquí las entradas ocultas y las estrechas escaleras.



Cuando Constantino por el edicto de Milán dió al Cristianismo existencia legal, continuaron los cristianos sirviéndose de las Catacumbas, y se las frecuentaba públicamente. Prosiguieron celebrándose allí las ceremonias religiosas; se hicieron reparaciones y decoraciones, y aun se hizo penetrar la luz del sol en algunas galerías por medio de lumbreras. El Papa S. Dámaso, se distinguió en la ejecución de estos trabajos, haciendo colocar inscripciones grabadas con elegantes caracteres. Al fin del siglo IV, dejó de sepultarse en las Catacumbas, pero continuaron siendo objeto de veneración y de largas peregrinaciones. Mucho tuvieron que sufrir durante las guerras de los godos y mucho más en la época de los lombardos. Para sustraerlas á esta devastación, los papas comenzaron en el siglo VIII á trasladar los cuerpos de los santos á las basílicas de Roma. En el siglo IX, cuando las Catacumbas estaban despojadas de la mayor parte de las reliquias más importantes, se las abandonó; algunas se arruinaron y más tarde cayeron en el olvido. Un solo cementerio permaneció abierto al público, el de San Sebastián, que se llamó *ad Catacombas*, de donde se derivó el nombre genérico que se ha dado á todas las excavaciones.

Seis siglos estuvieron olvidadas y perdidas hasta que á fines del siglo XV fueron nuevamente descubiertas, penetrando en ellas varias personas, entre otras *Pomponius Loetus* y los miembros de la Academia romana. Ciacconio fué el primero que en el siglo XVI las visitó formalmente y principió á estudiarlas. A éste le siguió Bosio, quien después de haberlas recorrido por espacio de más de un tercio de siglo, expuso el resultado de sus trabajos en la obra que publicó en 1632 con el título de *Roma sotterranea*. En el transcurso de los siglos XVII y XVIII, muchos italianos estudiaron las Catacumbas y escribieron volúmenes acerca de ellas. En el presente siglo se ha adelantado considerablemente en dicho estudio, abriéndose á él un nuevo período por el P. Marchi en 1844, á quien siguió Monseñor Rossi, quien ocupa el primer lugar entre los historiadores y arqueólogos de las Catacumbas.

Antes de introducir al lector con los peregrinos en el ce-

menterio de San Sebastián, daremos una idea general de las Catacumbas. Hállanse todas construidas y dispuestas en la forma de galerías, cuya anchura por lo común no llega á un metro: en pocas pueden caminar dos personas en la misma línea; siempre se recorren, yendo de uno en uno los visitantes. En las paredes se ven cavados los sepuleros ó nichos (*loculi*) en varias hileras. Arriba de algunos nichos destinados á familias ó á cadáveres de distinción, está formado un arco. A ciertas distancias se encuentran salas ó criptas, unas destinadas á sepulturas de familia y otras á la celebración de los santos misterios. Ordinariamente de las galerías se abren dos salas que se corresponden para formar reunidas una estancia de grandes dimensiones. Estas salas existen inmediatas al lugar en que estuvo sepultado algún insigne mártir, cuyo cadáver se hallaba en el fondo de la sala frecuentemente bajo un arco que servía como de ábside, en cuyo sitio se colocaba ó se ve todavía colocado el altar. Generalmente estas capillas recibían luz y ventilación por unas lumbreras practicadas en la bóveda, que se llamaban *luminaria*.

Con respecto á la decoración de las Catacumbas, por lo que mira á la manera de sepultar los cadáveres, se les depositaba en sarcófagos de mármol ó de barro cocido y así se les colocaba en los nichos. En seguida el nicho era cerrado con una placa sobre la cual se imitaba en estuco la forma de un sarcófago. Algunos nichos eran cubiertos simplemente con lápidas de mármol ó de barro cocido, y sobre ellas se grababa el nombre del difunto, ó sólo las palabras *in pace*, ó la de *martyr*, ó bien algún símbolo, como la palma, la paloma, un corazón, etc.

Las pinturas decorativas se encuentran en las bóvedas y más frecuentemente en las paredes y en los arcos. Su estilo corresponde al arte pagano, en decadencia muy lenta al principio y más rápida después, notándose la transición en el horror al desnudo que se acentúa principalmente en las imágenes de santos, que son en verdad muy poco numerosas. La mayor parte de los asuntos de las pinturas son simbólicos, refiriéndose á los dogmas cristianos. Uno de los símbolos



más notables es el del pez, que figura á Jesucristo; porque la palabra griega se escribe con cinco letras que corresponden á las iniciales de otras tantas palabras griegas también que se traducen: "Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador." Encuéntrase frecuentemente la representación del *Buen Pastor* en medio de sus ovejas. Algunos episodios del Antiguo Testamento se ven representados, pero sólo en su relación con los dogmas cristianos, como el pasaje de Jonás arrojado por la ballena, Moisés haciendo saltar el agua de la roca, y otros así. La Comunión es representada bajo la forma de un banquete en que los convidados comen el pan y el pez.

Muchas de las pinturas que existen pertenecen á una época posterior á la de las persecuciones; así como algunas escaleras anchas y cómodas, y las grandes lumbreras en las bóvedas que fueron obra de los Papas en los siglos que siguieron al de Constantino.

Los cementerios cristianos se extendían en varias direcciones al rededor de Roma; son como treinta los que se han descubierto, y de éstos se enumeran como principales las Catacumbas de San Sebastián, el cementerio de San Calixto, San Pretextado, el de Santa Domitila, las Catacumbas de Santa Priscila, las de San Alejandro y las de Santa Inés. Los peregrinos visitaron solamente las primeras y nosotros las últimas, que tienen especial celebridad. A reserva de dar cuenta de nuestra visita en otro lugar, séanos permitido conducir al lector á las Catacumbas de San Sebastián en compañía de los peregrinos, sirviéndonos de *cicerone* el fervoroso D. Vicente Palacios, á quien dejaremos la pluma por un momento. Antes diremos una palabra respecto de la célebre Basílica de San Sebastián, una de las siete de Roma, que fué edificada sobre el cementerio en donde Lucina, matrona romana, hizo sepultar el cuerpo de San Sebastián, y donde por algún tiempo estuvieron ocultos los de San Pedro y San Pablo.

Creese haber sido edificada esta iglesia por Constantino y consagrada por San Silvestre; pero lo cierto es que fué renovada en el año 367 por San Dámaso, y en seguida Inocencio

I la dedicó á San Sebastián Mártir: Adrián I y Eugenio IV la restauraron, y por fin el cardenal Scipion Borghèse la reedificó en 1611.

La Basílica tiene una sola nave con hermosa techumbre de madera. En el primer altar á la derecha se veneran muchas preciosas reliquias: enfrente está la Capilla de San Sebastián edificada por el cardenal Barberini; es notable el altar en que se halla la estatua del santo titular acostado, cuya obra se asegura fué dirigida por el Bernini. Del otro lado está la capilla de la familia Albani, erigida por orden de Clemente XI bajo los planos de Fontana; habiendo sido hecha la parte de decoración por Carlos Maratta; está dedicada á San Fabián, y la estatua que se halla en el altar es de artística ejecución. Como obras de arte dignas de ser admiradas hay en esta Basílica tres cuadros de Aníbal Carracci, el gran pintor boloñés. El bautisterio también es de un mérito artístico extraordinario.

Por el interior de esta iglesia se baja á las Catacumbas. A la entrada de ellas hay una pequeña capilla, en cuyo altar está depositado el cuerpo de Santa Lucina. Este mismo altar ostenta un hermoso busto de San Sebastián ejecutado por el Bernini. En este altar se celebró la Misa á que asistieron los romeros mexicanos. Veamos la descripción que de aquel acto hace el peregrino á quien arriba mencionamos:

"A las seis de la mañana, dirigidos por un sacerdote del Colegio Pío Latino Americano, nos fuimos á visitar las catacumbas de San Sebastián, cuya iglesia está al Sur de San Juan de Letrán y como á tres millas de distancia. Como unos peregrinos hicieron el camino á pie y otros en carruajes, hubo necesidad de que los que llegaron primero esperasen á los demás.

"En una de las capillas subterráneas dijo misa el Sr. Cura D. Carlos María Rodríguez y Acevedo, en la cual comulgaron muchos peregrinos. Después varios Padres Antoninos á cuyos cuidados está confiada la Iglesia de San Sebastián, nos proveyeron de candelas, y sirviéndonos de guías de uno en uno recorrimos un trecho de las sombrías Catacumbas, en las que asombra considerar cómo pudieron vivir en ellas los primiti-



vos cristianos. Allí están aún las capillas y los altares en que oraban al resplandor de las antorchas y bajo la tierra que pisaban los Césares, los primeros que confesaron á Jesucristo. Hay en varias partes restos humanos que no es lícito tocar á nadie.

«Vimos una pintura de remota antigüedad representando el Nacimiento del Salvador; están la Virgen, San José, el burro, la mula y el buey tradicionales. Nos fueron enseñados los restos descubiertos en las últimas excavaciones hechas, en las que se construyeron bóvedas de ladrillo para evitar derrumbes. Todos los peregrinos, con piadosa solicitud, recogimos algunos puñados de tierra en el seno de las Catacumbas para llevarla como reliquia; pues está santificada con las plantas y tal vez regada con las lágrimas de los apóstoles de la fe cristiana.

«Nuestra visita á las Catacumbas duró como cuatro horas, y salimos de ellas profundamente conmovidos.»

No sentirá fastidio el lector, acompañando por segunda vez en esta visita de las Catacumbas de San Sebastián á un grupo de peregrinos duranguenses. Sirve de guía el estimable joven y correcto y elegante escritor D. Ramiro de la Garza. Dejémoslo que hable:

«Después de visitar algunas de las más notables iglesias de Roma, era un deber venerar á los santos mártires en sus propias tumbas. Para verificarlo escogimos las catacumbas de San Sebastián. Cerca de una legua fuera de los muros de la ciudad se eleva la Basílica consagrada á este valeroso soldado. Valiente y pundonoroso militar gozaba de la estima del emperador, á quien servía con grande lealtad; pero sobre todos los intereses mundanos prefirió la gloria de los hijos del Crucificado. Interrogado por su fe contestó que era cristiano, y esta respuesta le valió el martirio. Sobre el árbol en que fué amarrado y asaeteado no se escribieron más que estas palabras: "*Sebastianus Christianus*." Su cuerpo permaneció muchos siglos bajo la basílica que lleva su nombre hasta hace pocos años en que fué trasladado al altar en que hoy se le venera.

«Dos veces he visitado las catacumbas de San Sebastián. La primera fué con el grueso de la peregrinación. Allí nació el pensamiento de reunirnos por segunda vez bajo aquellas bóvedas subterráneas los pocos duranguenses que venimos á Roma. Creímos que sería agradable á Dios el sacrificio incruento del altar celebrado en aquellos lugares en que la sangre de los mártires se había ofrecido en holocausto á la Divinidad; quisimos

unir nuestras humildes preces á los méritos de aquella sangre, y presentarlas al Eterno Padre por intercesión de Jesucristo, único digno mediador entre Dios y los hombres: pensamos, en fin, que podría ser provechoso para los intereses católicos de la diócesis de Durango, y para los individuales de los duranguenses, implorar la divina clemencia ante los sepulcros de los confesores de la fe de Jesucristo.

«Penetrados de estos sentimientos nos dirigimos el 19 del presente á San Sebastián. Saliendo de la ciudad el camino sigue la dirección de la antigua vía Apia, mencionada tantas veces por el grande orador romano Cicerón. En el paso se encuentran algunas pequeñas iglesias ó capillas, cuyo origen se remonta á los primeros siglos, y sirven para perpetuar el recuerdo de algún suceso histórico-religioso de importancia. También se ven monumentos de otro género, como las termas de Caracalla, la tumba de los Escipiones y el Columbario. A corta distancia de este se llega á la Basílica.

«La entrada á las Catacumbas está á la izquierda de la iglesia, cerca del altar donde ahora se encuentra el cuerpo de San Sebastián. Dos pequeñas escaleras conducen á la cripta ó bóveda donde estuvo sepultado por muchos siglos el cadáver del santo mártir. Allí celebró la misa nuestro apreciable amigo el Sr. Cura D. Celedonio Valenzuela. La ceremonia no podía ser más imponente. En medio del sagrado recinto se elevaba un sencillo altar escasamente iluminado por la débil luz de dos cirios encendidos, que apenas permitían leer las oraciones de la misa. Un crucifijo en medio, y el busto del santo constituían todo su adorno. El silencio era sólo interrumpido por la voz del sacerdote, que elevaba al cielo las bellas plegarias de la Iglesia. El sitio medio húmedo, frío y lóbrego, infundía un pavoroso respeto que venía á mitigarse con el recuerdo de los millares de justos que reposaban dulcemente á nuestro alrededor. Profundamente impresionados invocamos en favor de Durango su valiosa protección. Jesucristo Nuestro Señor es antes que todo rey y soberano de los cristianos: que reine, pues, real y efectivamente sobre todos los corazones y gobierne todas las voluntades: que su doctrina, sus preceptos y sus consejos imperen por doquier: que se reanime el espíritu de fe, hoy adormecido, la virtud de la constancia casi desconocida de nosotros, la caridad que se practica mal; en una palabra, que Cristo ocupe entre nosotros el lugar que le corresponde; que Él nos conceda gracia y bendición, bienestar y prosperidad en todo: hé aquí nuestros más ardientes deseos depositados ante las tumbas de los mártires en la misa de las Catacumbas.

«Concluido el santo sacrificio pasamos á visitar aquellos venerables lu-



gares. Algunos autores opinan que las Catacumbas de San Sebastián forman parte de las de San Calixto, muy inmediatas á aquellas. En una superficie de diez y siete kilómetros de largo por tres de ancho se hallan esparcidos los restos de ciento setenta y cuatro mil mártires. Con nuestra vela en la mano, y guiados por un buen sacerdote, bajamos de la capilla subterránea de San Sebastián á un inmenso laberinto de galerías que se bifurcan en todas direcciones. Un estrecho pasadizo, triste y sombrío, en que no se ve á derecha é izquierda otra cosa que sepulcros de todos tamaños y figuras, abiertos unos, cerrados otros; el de aquí cubierto con humilde losa, el de más allá adornado con una inscripción casi siempre ininteligible, ó con alguna pintura que no puede ocultar su antigüedad; de cuando en cuando una fosa defendida por rejas de alambre á través de las cuales se descubren los mortales despojos de un cristiano ó de un mártir de la fe; en último término alguna pequeña estancia que servía de habitación á los primitivos fieles en aquellos vastos cementerios; tal es el aspecto general de las Catacumbas. El buen religioso que nos acompañaba nos explicaba los más notables monumentos. Estos sepulcros que veis, nos decía, son los de una familia cristiana que se consideró dichosa con poder dormir su último sueño cerca de la tumba de un confesor de Jesucristo. En este otro estuvo depositado el cuerpo de un santo mártir que ha salido de aquí á recibir culto en los altares; y así de los demás: Los cristianos de los primeros siglos veneraban con singular devoción los cuerpos de los mártires, recogían su sangre, y les daban honrosa sepultura. Un corazón, un cordero, una paloma, ó algún otro signo simbólico distinguía su sepulcro del de los simples fieles. En el corto espacio que nosotros recorrimos de las Catacumbas de San Sebastián vimos los sepulcros donde estuvieron en otro tiempo los cuerpos de los apóstoles San Pedro y San Pablo, el de Santa Cecilia, y el lugar en que fué martirizado el papa San Urbano sorprendido en los momentos de celebrar el sacrificio incruento de los altares. En esta misma Catacumba se halla el sitio santificado por San Felipe Neri, el apóstol de Roma en el siglo XVI. Por espacio de diez años acostumbró retirarse todas las noches á aquellas soledades á hacer oración. Allí le inspiró Dios el pensamiento de fundar la Congregación del Oratorio.»

---